

CECILIA FALCHINI¹

La lectio divina en la vida religiosa². Guillermo de Saint-Thierry (+1148)

“Quita el velo a mis ojos, Señor, y observaré estas maravillas de tu ley, de la ley de tu amor”³

Esta es la oración del creyente Guillermo frente a la palabra del Señor, frente a la Escritura, porque el texto escrito al mismo tiempo, vela y desvela el mensaje que el Padre revela, la persona del Cristo resucitado que obra en ella con la energía del Espíritu, el amor viviente de Dios capaz de transfigurar una vida.

En la *Epístola ad Fratres de Monte Dei*, mejor conocida como *Carta de Oro*, la última obra completa de su vida, Guillermo escribe: *“También de la lectura cotidiana hace falta echar cada día algo en el estómago de la memoria, para que sea digerido con gran fidelidad y, vuelto a la boca, sea rumiado con intensa frecuencia”⁴*.

De la Escritura a la Palabra

¿Qué es, ante todo, la Escritura? Es, dice Guillermo en el *Speculum fidei* 118, un canal navegable, una embarcación que Dios le ha dado al hombre para que éste pueda llegar hasta él; por tanto, como en el reino “Cristo no será conocido según la carne (según el hombre), así también aquí aquellos que desean conocerlo al menos un poco por encima de la carne (del hombre) no tienen que quedar demasiado apegados a las palabras que vienen de Él, más a través de ellas, como de un canal navegable, pasar de la fe a la visión”, de la letra al espíritu, de lo “está escrito” a la Palabra viviente, al Verbo eterno del Padre. Hay por lo tanto un servicio, un ministerio que las palabras humanas de la Escritura reciben del Padre y que tienen que absolver para el hombre, pero cuyo pleno cumplimiento está justo en el introducir el creyente a aquel misterio del cual ellas son el trámite (intermediario) y el sacramento, al encuentro personal con el Verbo mismo de Dios, con el Hijo Jesús Cristo:

No nos alejemos completamente de las palabras hasta que, todavía en la ignorancia, por su ministerio nos sea presentado lo que no podemos percibir si no a través (por medio) de las palabras; y sin embargo es sin alguna forma de palabras que nosotros tenemos que creer⁵.

Se trata así de comprender y de recoger en las palabras la Palabra, aquella única Palabra que el Padre ha pronunciado desde la eternidad y para la eternidad, Palabra que se ha encarnado mediante todo el obrar y el sucederse de las acciones salvíficas de Dios en la historia del hombre, que se consuman todas, como decían los padres, citando *Is 10,22-23* según la Vulgata, en el *Verbum abbreviatum*, en aquella *Palabra condensada* que es Jesucristo:

Todas las acciones y las palabras del Verbo de Dios son para nosotros una única palabra; todas las cosas que sobre Él leemos, escuchamos, decimos, meditamos, sea provocando el amor sea infundiendo el temor, a una sola cosa nos llaman y mandan, de la cual son dichas muchas cosas y

¹ Comunidad de Bose, Italia.

² *La lectio divina nella vita religiosa*, Edizioni Qiqajon, 1994, Comunidad de Bose, Italia; traducción de las hermanas del Monasterio Trapense Nuestra Señora de Quilvo, Chile.

³ *Meditativae orationes* (= MO) 12,15; cf. *Sal 118* [119],18.

⁴ *Epístola aurea* (= Ep. au.) 122.

⁵ Ep. au. 117.

*ninguna, pues no se llega a lo que ella es si no nos sale al encuentro aquel mismo que es buscado y si no ilumina sobre nosotros su rostro y no hace resplandecer su cara, así que, en la luz de su rostro, sabemos donde caminamos*⁶.

La Escritura, en efecto, tiene sentido en referencia a la Palabra, al Verbo de Dios, a Cristo Señor. El propio Guillermo se vale de esta sinonimia entre Verbo y Palabra, refiriendo lo que Heb. 4,12 dice de la Palabra “viva y eficaz”, llena de energía, que examina los sentimientos y los pensamientos de los corazones, Palabra que se revela por la Escritura predicada y escuchada, (cf. Heb. 4,7 ss.), en la persona misma de Cristo y en el seguimiento de él:

*¿Dime oh Palabra/Verbo de Dios, no es quizá cosa buena lo que he hecho creyendo en ti; es decir que, dejando todo, te he seguido? Todos mis pensamientos y las intenciones del corazón, el alma y el espíritu, las articulaciones y las médulas me contestan que es cosa buena*⁷.

Abrevarse en la Escritura significa búsqueda de la luz del rostro de Dios y conocimiento amoroso. Esto intenta subrayar Guillermo también cuando, en su comentario al Cantar, nos ofrece esta otra imagen de la Escritura:

Los dos Testamentos son para ella, (para la esposa), los dos pechos del esposo, de donde bebe la leche de todos los sacramentos, que han tenido en el tiempo sus cumplimientos para nuestra salvación eterna, para que se llegue al alimento, que es el Verbo de Dios, Dios en (cerca de) Dios. El Cristo humilde, en efecto, es nuestra leche; Dios igual a Dios es nuestro alimento. La leche nutre, el alimento apacienta.

*Se maman, luego, estos pechos en las bodegas, ya que se comprenden estos misterios en las Escrituras. La esposa ha mamado los pechos cuando, en un primer momento, ha comprendido; se acuerda de los pechos cuando medita sobre las cosas comprendidas*⁸.

Nótese la unidad profunda, en la indivisibilidad de los dos Testamentos, que Guillermo considera como un todo, al punto que por él el esfuerzo del lector no tiene que ser aquel de unir o de poner de algún modo en relación el Nuevo Testamento con el Antiguo Testamento, sino más bien aquel de comprender la relación de ambos con la persona de Cristo, con el “alimento que es el Verbo de Dios, Dios cerca de Dios.” El problema hermenéutico fundamental, por un acercamiento vital, en el Espíritu, al texto bíblico es aquel de saber discernir en él, en su entereza e integridad, el Verbo del Padre. Guillermo no identifica al Señor Jesús con el Nuevo Testamento, así de contraponer este al Antiguo Testamento, pero pone la verdadera cuestión, no sólo exegética sino también espiritual, en la relación entre letra y Palabra de el “está escrito”, al interior de la única revelación que comprende los dos Testamentos y su cumplimiento en el Hijo.

Por esto, deseando e invocando la presencia y la visita del Verbo, el encuentro con el esposo, Guillermo dice de la esposa, del alma cristiana:

*El esposo, por el ministerio de los profetas o los apóstoles y de todos los otros ministerios de los eruditos, a través del conocimiento de las Escrituras le había ofrecido varios besos de su gracia y así, como teniéndola satisfecha, retrocedió yéndose; ella, sin embargo, ya se duele como de un ausente y con impaciencia detrás de él grita y dice: “Que me bese con el beso de su boca”. Como si dijera: “Hasta cuándo los besos extraños de la ciencia que me aumenta el dolor?”*⁹.

¿Qué es, pues, la Escritura?

⁶ Ep. au. 112.

⁷ MO 11,4.

⁸ *Expositio altera super Cantica Canticorum* (= *Super Ct.*) 46.

⁹ *Super Ct.* 36.

Todavía una imagen se añade a las dos que hemos considerado: ella es un guía, un pedagogo que tiene la tarea de conducirnos hasta Cristo, cosa que Pablo ya dijo pero de la ley, del antiguo Testamento, (cf. *Ga* 3,24-25).

Ahora Guillermo lo dice de toda la Escritura en su conjunto, ya que también el Nuevo Testamento no es otra cosa que “evangelio de la gloria de Cristo”:

Como en efecto una vez, antes que viniera la Fe, fuimos custodiados bajo la ley, encerrados en aquella fe que tenía que ser revelada, y la ley ha sido nuestro pedagogo hacia Cristo Jesús, de modo que fuéramos justificados por la fe, y cuando ha venido la fe no estamos más bajo un pedagogo, más, recibida la adopción a hijos, hemos sido encontrados hijos de Dios por haber acogido en nuestros corazones el Espíritu de Dios en el que gritamos: “Abbá, Padre”, así también en este tiempo de la gracia, antes que empiece a resplandecer en nuestros corazones la luz del evangelio de la gloria de Cristo, tenemos que ser custodiados y contenidos bajo la autoridad del mismo evangelio, en vista de la gracia que tendrá que ser revelada en nosotros en el tiempo de la misericordia alumbradora de Dios. Sea pues, mientras tanto, la autoridad (del evangelio) nuestro pedagogo hacia Cristo Jesús, para que por la humildad del creer (de la fe) merecemos ser iluminados por la gracia¹⁰.

Sí, la Escritura es entonces un pedagogo, pero no hay que entenderlo en el sentido de una ley moral, más en el sentido particular que ella es camino a Cristo ya que es encarnación misma del Verbo, no en la carne sino en la fragilidad de las palabras humanas.

Esta consideración nos introduce en el segundo punto de nuestra reflexión: como se hace posible y como ocurre este encuentro personal con el Verbo, este reencuentro, en las palabras, con la Palabra.

Lectura en el Espíritu

Las Escrituras, en efecto, desean ser leídas por medio del mismo Espíritu con el que han sido escritas; y por él tienen que ser comprendidas¹¹.

Recogiendo la herencia de los padres, Guillermo invoca una lectura de las Escrituras en el Espíritu, ya que él, dedo de Dios, es su único autor e inspirador: “En las santas Escrituras”, es decir en las que se tienen como manifestadas por el Espíritu Santo, por una segura y estable memoria por parte de todos¹², explica comentando el texto de *Rm* 1,2. Y más aún, si en el Espíritu ellas han sido escritas y si en él deben ser leídas, solamente el Hijo, que es de quien provienen¹³, puede abrirlas y desvelar su sentido¹⁴.

Él en efecto, como se ha visto, es la única Palabra que las Escrituras anuncian, Palabra viviente que hace vivir al creyente de la vida misma del Padre por medio de la fe, la esperanza y el amor; entonces también las Escrituras, frágil instrumento humano, vienen menos:

¹⁰ *Speculum fidei* (= *Sp. f.*) 26.

¹¹ Ep. au. 121. Antes de él, Jerónimo definió al hereje como: “quienquiera comprende la Escritura de otra manera distinta de como el sentido del Espíritu santo, con el que ha sido escrita, solicita” (*In Ep. ad Galatas* 3,5).

¹² *Expositio in Epistolam ad Romanos* 1,3.

¹³ Cf. *MO* 3,11 y *Sp. f.* 118.

¹⁴ Hablando del cuarto canto que compone el Cantar de los Cantares y del modo distinto en que termina con respecto a los tres precedentes, Guillermo dice: “Lo que esto significa, si el esposo mismo se dignara desvelarlo, será dicho en su lugar” (*Super Ct.* 7)

En efecto, el hombre que sostenido por la fe, la esperanza y la caridad, las mantiene de modo inquebrantable, no necesita las Escrituras, si no en el caso en que tenga que instruir a otros.

Del mismo modo muchos, por estas tres virtudes, también en soledad viven sin códigos. Por lo cual también por ellos creo que ya se haya cumplido lo que ha sido dicho, que “las profecías desaparecerán, y las lenguas cesarán y la ciencia desaparecerá” (1 Co 13,8).

De ellas sin embargo, como de instrumentos, ha surgido en ellos una tan gran instrucción de la fe, de la esperanza y de la caridad, que no habrían aprendido la perfección sin ellas -cuál puede ser la perfección de esta vida que por la fe, la esperanza y la caridad puede ser aprendida-¹⁵.

El fruto del Espíritu es pues la vida misma de la Palabra en aquel que la lee, la medita, la reza, hasta tener en sí los mismos sentimientos que se cumplieron y estuvieron en Cristo Jesús, (cf. *Flp* 2,5); significa, como ya Gregorio Magno escribió, aprender “a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios”¹⁶; pensamiento que Guillermo retoma:

A veces entrarás de tal modo en el pensamiento de Pablo, hasta que, por el ejercicio usual de una buena atención en la lectura de él y por la aplicación de una asidua meditación, te habrás empapado su espíritu. Tal otra comprenderás a David, hasta que por experiencia te revestirás del sentimiento de los mismos salmos. Y así también por los otros. Y, por toda la Escritura, aplicarse a ella está tan lejos de la simple lectura cuanto la amistad lo es de la hospitalidad, el afecto fraterno de un saludo ocasional¹⁷.

Esta participación y comunión penetra en realidad hasta el interior de la vida trinitaria, ya que para Guillermo la fe, la esperanza y la caridad son el reflejo de la dinámica trinitaria en el hombre:

Estas tres virtudes, luego, en la medida en que están en cierta semejanza con la Trinidad de Dios, así están recíprocamente conexas y conjuntas que se encuentran cada una en todas y todas en cada una¹⁸.

En otro lugar, con una precisa inclusión, él todavía hace, aunque también aquí implícitamente, referencia a la vida trinitaria a través del recurso a la tríada: memoria¹⁹, pensamiento (o intelecto²⁰) e intención (o voluntad²¹), que es imagen de ella²².

¿Cuál es, pues, el objeto de la lectura y de la oración de la Escritura? Dios mismo, ya que *verdaderamente el que lee busca a Dios en la lectura, todo lo que él lee coopera con él a tal fin, y el pensamiento del que lee, captura y reduce en servidumbre, cada comprensión de la lectura, para ofrecerla en obsequio a Cristo²³.*

Dios, el Padre, es el fin de la búsqueda del creyente en la lectura de la Escritura y solamente el que busca únicamente a Dios puede experimentar sobre de sí la señoría potente, la fuerza vivificadora y la potencia unificante de Cristo en su vida frente a los fantasmas y los ídolos que lo habitan y que se disputan y dividen su corazón. Se cumple así el círculo hermenéutico por el que la Escritura crece en la vida del creyente que la reza y la escucha y deviene para él y en él Palabra del Padre: la lectio, en efecto, partida

¹⁵ *Sp. f.* 6.

¹⁶ Gregorio Magno, *Epístola* 4,31.

¹⁷ *Ep. au.* 121

¹⁸ *Sp. f.* 8.

¹⁹ Cf *Ep. au.* 122.

²⁰ Cf. *Ep. au.* 124.

²¹ Cf. *Ep. Au.* 124.

²² Cf. *De natura et dignitate amoris (= Nat. am.)* 3,5-9.

²³ *Ep. au.* 124.

desde Dios a través de la lectura en el Espíritu Santo, por el Hijo le reconduce al Padre, fin único y último de la vida del hombre y de la búsqueda del cristiano.

El camino de la interpretación

Para Guillermo de Saint-Thierry tres son los caminos por los que se cumple el camino de inteligencia de la Escritura, de reencuentro de la Palabra, de conocimiento del Verbo. Son caminos clásicos, en los que él (Guillermo) no innova, sino recoge lo ya dicho en la Tradición de los Padres y vuelve a presentarlo con su específica re elaboración y síntesis.

El primer itinerario es el que va desde una lectura de tipo literal, atenta al sentido histórico del hecho contado, a una interpretación moral, que atañe la aplicación del mismo texto a la vida del creyente y, por fin, a una espiritual, es decir en referencia a Cristo y a la Iglesia: “ya que las cosas de la fe que están en las Escrituras o son escuchadas de modo histórico o son entregadas moralmente por los santos doctores o son tratadas en ciertos misterios y sacramentos”, se constata a menudo que muchos, frente a las dificultades que el texto bíblico pone, no están dispuestos a creer y suponen entonces que “los sacramentos de la fe y los misterios de las santas Escrituras sean representaciones ficticias de invenciones humanas.”²⁴ Guillermo conoce la necesidad de una lectura en la fe y no llega entonces a hacer de estos tres momentos una división rígida, pero los considera separadamente, cada vez según la necesidad, enseñando también una gran libertad en el uso de los términos: mientras que, por el sentido histórico él siempre se atiene a lo que ello atañe²⁵, cuando pasa al sentido moral no es tan claro lo que él entienda en realidad, ya que si a veces parece que con “sentido moral” se refiere a lo que concierne directamente la existencia de cada cristiano, reservando al sentido espiritual la interpretación alegórica sobre Cristo y sobre la Iglesia, otra vez parece contemplar no más de tres sentidos (histórico moral y espiritual, o alegórico), sino solamente dos: uno histórico y uno espiritual, donde este último, sin embargo, viene a expresar el sentido moral, no el alegórico²⁶. Así esta ambivalencia de los términos hace que la exégesis de Guillermo sea extremadamente cercana a la exégesis origeniana, en la que la atención predominante no estaba tan orientada a cumplir una exacta clasificación de los varios sentidos de la Escritura, cuanto a focalizar y a hacer emerger la problemática de la relación entre la letra y el espíritu del “está escrito”, donde el “espíritu” es aquel “sentido espiritual” que puede, de vez en cuando tener matices más morales o más alegóricas.

El segundo itinerario es aquel -también derivado de Orígenes- que comporta un camino desde el hombre animal al hombre espiritual: mientras en efecto el “hombre animal” todavía necesita de imágenes para representarse al Señor y entrar en relación con él, el “hombre racional” ya es capaz de acceder a las verdades de la fe a través de la confesión del Credo; el “hombre espiritual”, por fin, asumidas tales verdades en el propio corazón, conoce ya al Señor por el amor²⁷. Por esto Guillermo ruega:

*Pero a los que meditan, hablan y escriben de Ti, concede, te suplico, sentidos sobrios, palabras concisas y disciplinadas, un corazón que arda por ti, oh Jesús, para abrir las Escrituras, que provienen de ti*²⁸.

Es mediante este amor, unificado y ordenado por el trabajo de la conversión, que el cristiano puede acoger el Espíritu de Cristo que abre las Escrituras.

²⁴ Las dos citas son sacadas de *Sp. f.* 24.

²⁵ Cf. *Super Ct.* 53 y 146, mientras por el “sentido espiritual”, cf. *δ 5*.

²⁶ Cf. *Super Ct.* 9-10: “Y el argumento del drama histórico aquí expuesto, fábula u parábola que sea, puede ser este: el rey Salomón ha tomado como esposa la hija del faraón de Egipto... El sentido espiritual, después, es este: el alma, vuelta hacia Dio está a punto de casarse con el Verbo de Dios...”.

²⁷ Cf. *Super Ct.* 12-25 y *Ep. au.* 111.

²⁸ MO 3,11.

Con esta insistencia sobre el carácter dinámico, relacional, del creyente con las Escrituras, que devienen camino e instrumento (“quasi machinis”²⁹), del encuentro con el Verbo, y entonces con esta insistencia sobre el amor como única y suma forma de conocimiento verdadero y comprensión de lo que “está escrito” y de los misterios de Dios, Guillermo se coloca en la más genuina tradición bíblica y monástica, distanciándose en cambio del método exegético de “lectio-quaestio-disputatio” entonces naciente en las universidades y que se desarrollará y se consolidará luego con la escolástica. Vendrá, dice Guillermo, un día, el día de los días, el día del Señor, en el que aparecerá en tu luz como en el conocimiento de ti, la piedad del simplísimo amante precede la prudencia del erudición racionalizante, cuando, rebasada la razón, el amor lleno de afecto se vuelve él mismo su conocimiento³⁰.

Él habla entonces, (es el tercer itinerario), de *lectio, meditatio y oratio* (lectura, meditación y oración), que sustentan, iluminan y alimentan en el alma cristiana el amor que viene del Padre, el amor de Cristo que por medio del Espíritu nos abre las Escrituras: “Este amor de Dios, engendrado en el hombre por la gracia, la lectura lo amamanta, la meditación lo nutre, la oración lo fortalece y lo ilumina”³¹. Pero también aquí, una vez más, Guillermo no realiza ninguna sistematización, no constriñe la vida del Espíritu en esquemas elaborados, sino que se limita a relatar la experiencia y el camino de la oración, que el Espíritu otorga a cada uno según su grado de fe y sus necesidades:

Pero también de la lectura (“lectio”), cotidiana hace falta hacer bajar cada día algo en el estómago de la memoria, para que sea digerido con gran fidelidad y, de nuevo llamado, sea rumiado con intensa frecuencia, (es la meditatio). Tal lectura sea conforme al (santo) propósito y refrene el animo, así que no se deleite en pensar a cosas extrañas. Del curso de la lectura tiene que surgir un sentimiento tal y tiene que tomar forma una oración (“oratio”), tal de interrumpir la lectura, que sin embargo no es obstaculizada por tal interrupción; más bien ella devuelve enseguida el alma, más pura, a la comprensión de la lectura”³².

Esta, pues, es la comprensión del amante, de aquel que, con el corazón unificado y transfigurado por el encuentro con el Amado, ya conoce porque ama.

Palabra de Dios y vida de conversión

Pero este don del amor, esta gracia del Espíritu, para ser eficaz solicita un corazón que la reciba, un ánimo obediente. Es pues necesario el gradual y trabajoso camino de la conversión. Por esto, como se ha visto, Guillermo no pide sólo “un corazón que arda” para el Señor, sino también, y antes, “sentidos sobrios, palabras concisas y disciplinadas”³³; para esto es necesario buscar solamente en la Escritura Dios sólo y en ninguna otra parte, en una lucha radical contra los ídolos de nuestro corazón, ya que solo entonces es eficaz en nosotros la fuerza de la Palabra que se lee y “el pensamiento de aquel que lee, captura y reduce en servidumbre, para obsequiar a Cristo, cada comprensión de la lectura”³⁴ y entonces se halla y se encuentra en ella el Verbo. Para esto además –como ya se ha visto- necesita que la “lectura esté conforme al (santo) propósito y refrene el alma, así que ella no se deleite en pensar cosas extrañas”, pero, unificándose a la presencia del Señor, pueda abrirse a la oración, de la cual a su vez viene devuelto, “más puro, a la comprensión de la lectura”.

²⁹ *Sp. f.* 6.

³⁰ *Super Ct.* 144.

³¹ *Ep. au.* 171.

³² *Ep. au.* 122-123.

³³ *MO* 3,11.

³⁴ *Ep. au.* 124; por las cuatro citaciones siguientes cf. *Ep. au.* 122; 123 e 124 (las últimas dos).

Así, según las mismas Escrituras, “principio de la sabiduría tiene que ser para el lector el temor del Señor, ante todo para que en ello se consolide la intención de quien lee y luego para que de ello surja y reciba un orden propio la comprensión y el sentido de toda la Escritura”, a la que preside, como Señor, Jesús Cristo. La “intención”, luego, de que se habla es a un tiempo la voluntad, la disposición y el deseo, que, si orientados y dirigidos a la búsqueda, a la adoración y al amor de Cristo como único Dios y Señor, reciben de poderlo encontrar en las palabras de la Escritura, que vienen de él. “La lectura, en efecto, es a servicio de la intención”, la Escritura a servicio del amor, la letra a servicio de la vida de Cristo, no viceversa:

Esta ciencia es aquella de la piedad cristiana, que no hincha, sino que edifica en la caridad: en la comprensión de las Escrituras y en relación a la fe, a las costumbres y a la vida es docta prudencia³⁵.

Si en cambio

el pensamiento de quien lee desvía hacia otra cosa, arrastra todo detrás de sí; y en la Escritura no encuentra nada de tan santo, de tan piadoso, que por vanagloria o por algún pensamiento torcido o por intelecto malvado no someta a la propia maldad o a la vanidad³⁶.

Parafraseando a Gregorio Magno³⁷, podríamos decir entonces que para Guillermo la Escritura crece y decrece junto a quién la lee:

Y en efecto la visión del sumo Bien excita y atrae naturalmente a su amor y a su conocimiento a cada intelecto racional, el cual cuanto más puro es tanto más cercano y más ardiente es de ver lo que a los puros de corazón está prometido y que no es visto si no por los puros de corazón a quienes sus corazones han sido purificados por la fe³⁸.

Así, lo aclara el siguiente texto, la conversión se coloca en el interior y es parte integrante de la escucha y precede, permite y sigue la comprensión de la Palabra:

En los salmos, en los himnos y en los cánticos espirituales oigo, en efecto, tus grandezas, en tus evangelios se encienden de reflejos las cosas que tú has dicho y hecho, los ejemplos de tus servidores azotan ininterrumpidamente mis ojos y mis oídos: las Escrituras de tu verdad que ininterrumpidamente se imponen a mis ojos, me sacuden de miedo y me agujonean con tus promesas y, con su estrépito, hieren la sordera de mis oídos³⁹.

La palabra de Dios no deja nunca al que la lee igual: delante de ella, de su acción potente y eficaz, es posible dejarse abrir y cambiar el corazón, de corazón de piedra en corazón de carne, (cf. Ez 36,26) aceptando el juicio que sobre nosotros ella pronuncia y acogiendo su consuelo y salvación, o bien endurecerlo aún más en el rechazo, cerrándose a las energías transfigurantes de la misericordia y de la gracia.

Escritura y escatología

³⁵ *Super Ct.* 27

³⁶ *Ep. au.* 124.

³⁷ *In Exechielem* 1,7,8: “en la medida en que cada santo progresa personalmente, en aquella misma medida la sagrada Escritura progresa con él” y 1,7,9: “Las palabras de la sagrada Escritura, como a menudo ya hemos dicho, crecen en inteligencia según el sentido de los que la leen”.

³⁸ *Sp. f.* 11.

³⁹ *MO* 2,5.

Para el cristiano que acoge la Palabra los dos Testamentos vienen así a ser su consuelo en este tiempo de destierro y peregrinación sobre la tierra, en este tiempo de espera que el Señor, el esposo, vuelva y lo haga entrar con él en la patria celeste para gustar la plenitud de los consuelos de Dios:

El hecho de que, habiéndose ido el esposo, nos acordemos de las bodegas, amonesta a los hijos del esposo, a quienes se les ha sustraído la gracia del consuelo espiritual, a refugiarse en el consuelo de las Escrituras. Como, en efecto, la que es la esposa, cuando sale con la mente en Dios y siguiendo el Cordero en todo lugar en que vaya se expone toda en el afecto, así cuando deviene sobria en sí misma debe recogerse toda en el intelecto y apacentar la mente, libre, con el fruto del conocimiento espiritual; y volver a la memoria de las bodegas y de los pechos, o sea, - como ya se ha dicho- ampararse en el consuelo de las Escrituras⁴⁰.

La Escritura, entonces, es viático en el camino hacia el Reino; viático, pero no sólo: también degustación, primicia y prenda, porque es manantial y medio de la Sabiduría de Dios, del gusto, del sabor del conocimiento de él:

Éste es el gusto, que en Cristo produce para nosotros el Espíritu de inteligencia, es decir la inteligencia de las Escrituras y de los misterios de Dios. Por lo cual, cuando después de su resurrección el Señor se apareció a los discípulos, el evangelista dice: “Entonces les abrió el sentido a la inteligencia de las Escrituras.” Cuando en efecto habremos empezado no sólo a comprender, sino también, en cierto modo - por decirlo así - a palpar y a tocar con la mano de la experiencia el sentido interior y la fuerza de los misterios y de los sacramentos de Dios... entonces, por fin la Sabiduría cumple lo que es suyo; entonces instruye en toda cosa, con su unción, a los que ella juzga dignos; entonces, pone el sello de la bondad de Dios, da huella y forma, con aquella serena y dulce unción, a todo lo que es nuestro; y si algo encuentra de duro, de rígido, lo pisa y lo quebranta, hasta que, recibido el regocijo de la salvación de Dios y confirmada por el soberano espíritu de la Sabiduría, la santa alma canta a Dios contenta: “ha sido grabada sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro”; “has dado alegría a mí corazón.” Por lo cual también el Señor dice: “Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único verdadero Dios, y aquel que has enviado, Jesús Cristo.” ¡Dichosa la ciencia en la que es contenida la vida eterna! Tal vida proviene de aquel gusto, ya que gustar es comprender. De este gusto, por éste sabor, saciado de esta sabiduría, aquel que es el más pequeño de los apóstoles, alegrado y confirmado, dice: “A mí, que soy el más pequeño de todos los santos, ha sido dada esta gracia: de evangelizar a las gentes acerca de las inescrutables riquezas de Cristo y de iluminar a todos sobre cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que ha creado todas las cosas”⁴¹.

La espera del Reino, sin embargo, aunque marcada por la alegría del pregonar su dulzura por la inteligencia de las Escrituras, está caracterizada también por el dolor del deseo de la plenitud de tal gozo. Deseo que es ante todo nostalgia, por lo cual la Esposa, la Iglesia, el alma cristiana, “viniendo a menos la salvación de Dios prueba el tedio – dice -, ausente el esposo, de estas bodegas vacías, de estas cotidianas promesas, de estos sacramentos oscuros, de estas parábolas y proverbios, del espejo y del enigma.⁴²” Sí, en esta vida, en la escucha de la Palabra, le es dado al cristiano un conocimiento de Dios, pero en la fe, todavía no en la visión. Y entonces por un lado es consuelo, sostén, nutrimento y descanso, por otro enciende aún más el deseo y hace aumentar la fatiga y el trabajo ya que la profundización del conocimiento aumenta la intensidad del dolor:

⁴⁰ Super Ct. 46.

⁴¹ Nat. am. 31,1-7.

⁴² Super Ct. 35 e cf. 1Cor 13,12.

En efecto, marchado el esposo, herida por el amor y ardiente de deseo por el ausente, golpeada por la dulzura de la santa novedad, renovada por el buen sabor e improvisamente dejada y abandonada a sí misma, probando el fastidio por las mismas bodegas que parecen como vacías y desiertas, por la ciencia, es decir, que no hace en la ausencia del esposo otra cosa sino aumentar el dolor - como en efecto está escrito: “Quién aumenta la ciencia aumenta el dolor”, acompañada por las muchachas, que tuvo en alguna medida como compañeras en la gracia de las bodegas, corre detrás del perfume de él que huye. Y por el ardor de su deseo dando comienzo al santo cántico grita y dice: “Que me bese con el beso de su boca.”⁴³

En este valle de lágrimas, lágrimas de arrepentimiento, de gozo y de deseo, el creyente que ama a su Señor es consolado por la Palabra de las Escrituras, por la “evangelica praedicatio”⁴⁴ cuando en la obediencia de la fe acoge la “auctoritatem evangelicam”, la autoridad del evangelio, como testimonio de la fidelidad de Dios a sus promesas. Y entonces consuelo es constatar su cumplimiento, aunque sólo parcial, ya aquí sobre la tierra, pero también el esperar, vigilantes, la plenitud en el Reino:

“De hecho, para los que suben de este valle de lágrimas hacia la sublime altura de las promesas, esta caridad, dilección, amor, comienza aquí desde el inicio de la fe”⁴⁵.

*Comunità di Bose
13887 Bose (BI)
Italia*

⁴³ *Super Ct.* 29 e cf. *Qo* 1,18.

⁴⁴ *Sp. f.* 93, donde encontramos también la expresión siguiente “auctoritatem evangelicam”.

⁴⁵ *Sp. f.* 11.

Obras de Guillermo citadas en este artículo: *Meditativae orationes* (MO); *Epístola aurea* (Ep. au.); *Expositio altera super Cantica Cantorum* (*Super Ct.*); *culum fidei* (*Sp. f.*); *Expositio in Epistolam ad Romanos*; *De natura et dignitate amoris* (*Nat. am.*); Todas las obras se encuentran traducidas en la colección *Padres Cistercienses* Publicación del Monasterio Ntra Sra. de los Ángeles, Azul, Argentina